

rá, del mérito de nuestro santo : su mayor gloria consiste, no solo en haberse separado de lo malo, sino en haber ejecutado lo bueno : no solo en haber dejado al mundo cuanto se le puede dejar, sino en haber seguido á Jesucristo cuanto se le puede seguir : *ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te*. Y á la verdad que dejar al mundo le seria comun con Sócrates, y con otros filósofos, que renunciaron todos los bienes de la tierra : la gloria de los héroes cristianos consiste mas bien en dir igr sus obras al cielo, en proponerse por modelo á Jesucristo, que murió, dice san Pedro, dejándonos un perfecto ejemplar, para que sigamos sus pasos. Así amar á Dios como debe ser amado, amar al prójimo como imágen viva de Dios, y procurar la gloria del Señor entre nosotros ; ved aquí, hermanos míos, cuál fué la vida de nuestro Redentor, y la vida del perfectísimo Bernardo : nadie fué mas unido á Dios : nadie mas caritativo con sus prójimos : nadie mas celoso por el bien de la Iglesia : *et secuti sumus te*.

¿Quién fué mas unido á Dios? No hablo aquí de la union que tienen con el Ser supremo las criaturas insensibles, que no existen sino en él, ni de la que tienen los animales que solo se mueven por él, ni de la que tienen los mismos hombres que deben vivir para él : *in ipso vivimus, movemur, et sumus*. Hay todavía otra union mucho mas inefable entre las criaturas y el Criador, union en que Dios se hace presente al alma, aunque no se le puede tocar : union del entendimiento que le ve con claridad, de la voluntad que le ama con fervor, y de toda el alma que se hace una con Cristo, como Cristo es uno con su eterno Padre : union que sentia la esposa cuando dijo del esposo : mi amado es todo para mí, y yo toda para mi amado : y el Apóstol, yo vivo, pero no soy yo quien vivo, sino Cristo quien vive en mí. Esta union fué la que hizo á Bernardo volar tan rápidamente hasta la cumbre de la perfeccion.

Pero ved aquí cómo la adquirió : pernoctando como el Salvador en la oracion, esto es, poniéndose á orar ántes de anochecer, y quejándose del sol despues de amanecer, de que venia muy pronto á interrumpirle las dulzuras de su contemplacion. De allí salia como Moises del monte, arrojando de su rostro un cierto esplendor que le comunicaba el trato con el Señor. Así andaba siempre como fuera de sí, tan absorto y endiosado, que era preciso para que contestase estimularle con voces

muy fuertes, como á quien se despierta de un profundo sueño. De esto provenia aquella especie de insensibilidad con que tomaba aceite por agua, ó sebo por manteca, sin advertir su equivocacion : aquellos raptos, en que la carne misma tenia que seguir por los aires al vuelo de su espíritu, y aquellas visiones admirables, con que elevado como san Pablo al tercer cielo, comprendia muchos arcanos de Dios, de que no es lícito hablar al hombre, ya de los misterios pasados de la sagrada Pasion, ya del estado presente de las conciencias de los monjes, ya tambien de los acontecimientos futuros de su instituto y de la Iglesia. Nada parece que ignoraba despues que fué unido á aquella luz inaccesible, porque aunque su cuerpo andaba entre los hombres, su alma conversaba entre los ángeles. No olvidaré la ternura inexplicable con la santísima Virgen, que hace su carácter, en cuyas alabanzas se liquidaba su corazon como la cera, y se melificaban sus labios como el panal, para destilar en Francia la misma devocion que Anselmo en Inglaterra, y que Ildelfonso en España. ¿Quién ignora que hallándose en una catedral de Alemania cuando se cantaba la salve, arrebatado de un santo frenesí, hizo tres profundísimas genuflexiones, añadiendo aquellas tres devotísimas salutaciones, con que se termina despues acá : *ò Clemens, ò Pia, ó dulcis Virgo Maria?*

¿Quién me diera, señores, aunque fuera con lágrimas de sangre, poder resucitar su espíritu en estos dias miserables, en que la mujer ignorante, el criado mas infeliz, y el niño que para vestirse necesita aun todo el socorro de su madre, se burlan tan descaradamente del tierno afecto á la reina del cielo, del esmero en su culto, de la veneracion á sus imágenes, de las prácticas con que nuestros padres fomentaban su devocion, de la justa prodigalidad con que los sumos pontífices la enriquecen, del fervor con que el pueblo la implora, de las señales con que le mostramos nuestro reconocimiento ! Ved aquí los frutos de vuestra sabiduría, ó espíritus anti-Bernardos ; así cuando este siervo de Dios llevará á la divina presencia las innumerables almas que sacó de la perdicion, inspirándoles su tierna piedad ; vosotros al contrario llevareis esas víctimas desgraciadas, á quienes quitándoles su tierna piedad, habeis arrojado en la perdicion. ¡ Ah, guias farisáicas, ni entráis en el reino de los cielos, ni dejais entrar á los demas ! Y vosotros, cristianos ciegos, que os dejais conducir por otros ciegos, ¿ no veis siquiera

que la desgracia no se aparta de vuestra casa, ni la enfermedad de vuestra familia, ni la amargura de vuestro corazón, después que habeis abandonado á esta fuente de todos los bienes? El que me ofendiere, dice ella, ofenderá á su misma alma : *qui autem in me peccaverit, lædet animam suam.*

En las entrañas de la madre de Jesucristo es donde el gran Bernardo bebió visible é invisiblemente aquella llama sobrenatural, que no solo le unió á Dios, sino que le hizo el mas amante de sus prójimos. El amor del prójimo es un precepto grande; pues que es igual al del amor del Señor : *secundum autem simile est huic : diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Es un precepto nuevo, porque Cristo le renovó purificándole de las tradiciones humanas con que le habian desfigurado : *mandatum novum do vobis.* Es un precepto especial que hace el distintivo de todos los cristianos : *in hoc cognoscent omnes quod discipuli mei estis, si diligatis invicem.* Es un precepto divino, que nos une á Dios, en quien nos amamos : un precepto celestial, que nos asemeja á los ángeles que se aman en Dios : un precepto eterno, que se cumplirá hasta en la vida que no tiene fin. Pero, señores, confesémoslo de buena fe, tambien es un precepto terrible, que diferencia mucho nuestra tibieza de la caridad de nuestro Santo.

Caritativo Bernardo, ¿quién podrá explicar ese incendio que te devoraba por la salud corporal y espiritual de todos los hombres? ¿Quién enfermó en su tiempo, sin que él enfermase, sintiendo mayor tristeza por las enfermedades que los mismos dolientes? ¿Qué de ciegos, sordos, mudos, cojos, tullidos, leprosos, febricitantes y dementes recobraron la salud por la bendición que él les daba, por la señal de la cruz que les hacia, ó por el nombre del Señor que invocaba! ¿Cuántas veces manifestó el cielo que no podia resistir la eficacia con que este justo se interponia en las aflicciones de sus hermanos! Ver una necesidad, levantar el corazón á Dios, y aparecerse el remedio, solo era negocio de un momento. Pero el bien de las almas le era mucho mas precioso que el de sus cuerpos. ¿Qué de consejos, qué de exhortos, qué de sermones! La palabra de Dios, mezclada con la miel de sus labios, jamas volvia sin haber causado todo su efecto en los sabios y en los ignorantes, en los ricos y en los pobres, en los grandes y en los pequeños. ¿Qué de grandes renunciaron sus títulos! ¿qué de filósofos cautivaron

su entendimiento en obsequio de la fe! ¿qué de inicuos dejaron sus perversos caminos al oír á este nuevo Bautista cuando salia á predicar por todas las regiones, por la Francia, por la Italia, por la Alemania, por la Flandes, por las orillas del Marne. Los padres dejaban encerrados á sus hijos, los maestros á sus alumnos, y las mujeres á sus maridos, temiendo no se huyesen á los monasterios al oír á este hombre poderoso en obras y en palabras : así Claraval solo llegó á tener hasta setecientos novicios juntos; y durante la vida de nuestro santo se fundaron ciento y sesenta monasterios.

¡O caridad de Bernardo! pero tambien ¡ó docilidad de los pueblos! ¡ó hambre piadosa de la divina palabra! ¡ó santas disposiciones para recibirla! ¿Obraria él hoy entre nosotros estas asombrosas maravillas? Esto es lo que yo no me atrevo á resolver, viendo el poco fruto con que se le anuncia cada dia. Es que se le anuncia, me direis, sin aquella admirable elocuencia. Pero decidme ¿cuando se le anuncia muy elocuentemente, se le ve por eso producir mas fruto? Aun entónces, decís, falta á nuestros predicadores el espíritu y la unción del santo abad de Claraval. ¿Y cómo quereis, hermanos míos, que tengamos ese espíritu, si no vemos en vosotros aquellas admirables disposiciones? ¿Un cuerpo puede calentarse en medio del hielo? Oid con devoción nuestros sermones, y vereis qué de Bernandos hay entre vosotros.

Vengamos ya á aquel celo sin igual con que procuró el bien de la Iglesia. Este ha sido el carácter de todos los amigos de Dios, defender con ardor los intereses de esta esposa suya y madre nuestra, ardor como el de Moises, cuando rompió las tablas de la ley, viendo la idolatría del pueblo : como el de Finees, persiguiendo de muerte á los públicos transgresores : como el de David, conmoviéndose sus entrañas contra los infames prevaricadores : como el de Elías, deseándose la muerte, por no ver las iniquidades de su tiempo : como el de Jeremías, llorando toda su vida las desgracias de su templo y de su patria : como el de Esdras, rasgando sus vestidos á vista de los matrimonios ilícitos : como el de Matatías, exclamando con lágrimas : ¡Ay de mí! mas valiera no haber nacido que llegar á ver estos males.

Tal fué el celo que devoró á Bernardo, cuando se halló la Iglesia en el estado mas deplorable que nunca ha visto. Ya sabeis,

señores, que por muerte del papa Honorio, los cardenales divididos, unos eligieron á Inocencio, y otros á Anacleto: que cada uno de estos tirando para sí, despedaban la túnica inconsútil del Señor, y que los sabios, los reyes y los mismos santos no sabian á cuál debian pertenecer. Entónces la hermosa hija de Sion, tan perfecta como es interiormente, se parecia en lo exterior á un monstruo acéfalo de dos cabezas, que se siente agitado de los movimientos mas contrarios, resistir y obedecer á otro. Bernardo emprende la reunion, y él solo era capaz de conseguirla: junta concilios, persuade á los monarcas, y logra en fin que toda la cristiandad se someta á Inocencio. ¿Suscita Abeilardo en sus dias las herejías de Arrio, de Nestorio y de Pelagio? Bernardo disputa, predica y escribe hasta que le confunde. ¿Vomita Gilberto mil errores contra la divina simplicidad, asegurando que las razones porque Dios es lo que es, no son el mismo Dios; de donde infiere que la sabiduría, la bondad, la omnipotencia y todos los atributos son cosas distintas de su ser, teniendo por divinidad este inmenso agregado de ideas? Bernardo ocurre á Roma, hace celebrar numerosos consistorios y famosos concilios, de que él es el alma, donde se declara la verdadera fe.

¿Combate Henrique los sacramentos, que son los tesoros de la Iglesia, y los sacerdotes que son sus ministros, por lo cual muchos pueblos derribaban sus templos, rehusaban el bautismo á sus párvulos, y se burlaban de los sacrificios y oraciones por los difuntos, de la invocacion de los santos, de la cesacion del trabajo en los dias festivos y de todas las prácticas y ceremonias eclesiásticas? Bernardo corre como un rayo á Tolosa, repara todos los daños, y hace aprisionar al que es origen de ellos. ¿Decláranse guerras sangrientas entre los soberanos de la Europa? Bernardo es el iris de paz que restituye la serenidad. ¿Es preciso representar al mismo soberano pontífice el fausto de su corte, las injusticias de sus tribunales y otros abusos dignos de remedio? Bernardo lo ejecuta con la prontitud de un Basilio, con el espíritu de un Ambrosio y con la elocuencia de un Crisóstomo.

No penseis abusar de este ejemplo, espíritus rebeldes, como abusais del de san Cipriano, para autorizar vuestra inobediencia á la Cabeza visible de la Iglesia: ved el respeto con que le habla un hombre, á quien la misma santa Sede debia la extin-

cion del cisma que la iba á destruir. Vos sois, dice él á Eugenio III. en el libro cuarto de la Consideracion. «Vos sois la gloria del sacerdocio; habeis heredado el primado de Abel, el órden de Melquisedec, la dignidad de Aaron, la judicatura de Samuel, el poder de Pedro, la uncion del mismo Jesucristo. Estos son vuestros títulos, estas vuestras prerogativas, esto lo que el universo respeta en vos. Pero ved tambien lo que espera de vos el universo. Conoced vuestras obligaciones, dáoslas á conocer es afianzar su cumplimiento. Es verdad que sois superior á los demas hombres, pero sois hombre como ellos. Que el fausto pomposo que os rodea, no os haga olvidar que debeis ser el apoyo de la justicia, la imágen de la piedad, el defensor de la fe. Como sucesor de los apóstoles, debeis hacer revivir su noble simplicidad: el Evangelio es vuestra regla, Pedro es vuestro modelo: acordaos que sois mas bien el sucesor de Pedro, que el de Constantino. Así es como siendo el primero de los obispos por la superioridad de vuestro grado, lo sereis tambien por la superioridad de vuestras virtudes.» Ya que no imitais á Bernardo, hermanos mios, en esta reverencia interior al que está encargado por el Señor de confirmaros en la fe, pudierais siquiera darle aquella reverencia exterior, que á lo ménos calla, cuando este divino oráculo ha hablado.

Pero ¿cómo se ha de ver esta sumision, si no se halla entre nosotros, ni la heroica piedad de nuestro santo que le unia á Dios, ni la caridad verdadera con que amaba á sus prójimos, ni el celo ardiente que le obligaba á no buscar otro interes que el de la Iglesia? ¡O incomparable, ó inmortal, ó divino Bernardo! ¿será posible que dejaréis algun dia al mundo y todo lo que le pertenece, no solo en el sentido espiritual, mirándolo como el apóstol crucificado para vos, y vos crucificado para él, sino tambien en un sentido material, en que no contento con crucificar vuestra carne con todas sus concupiscencias, llegaréis hasta despojaros de ella para devolverla al polvo de donde salió, y seguiréis á Jesucristo, no solo por el camino de la perfeccion, sino por el de la inmortalidad? Llegó en fin, señores, el tiempo en que dijo, no ya en esta vida mortal, en que lo dijo Pedro, sino en la vida eterna, en que lo repiten sin cesar todos los escogidos: mirad, señor, que ya hemos dejado absolutamente todas las cosas, nuestros trabajos á la posteridad, nuestro cuerpo al sepulcro, nuestro nombre á los siglos futuros: *ecce nos reliqui-*

mus omnia. Ya te hemos seguido : ya hemos llegado al fin de nuestra peregrinacion, al término de nuestras esperanzas, y al objeto de nuestros deseos : *et secuti sumus te.* ¿Cuál será el premio de nuestra lucha, la corona de nuestro mérito, la recompensa de nuestras virtudes? *¿quid ergo erit nobis?*

No se turbe vuestro corazon : Bernardo no ha muerto ; él vive y vivirá en sus escritos , que serán siempre la prueba de nuestra Religion, la fuente de nuestra disciplina, la regla de nuestra moral, la decision de nuestros dogmas, la exposicion de nuestros misterios, el depósito de nuestros ritos, y el encanto de nuestras lecciones. Él vive y vivirá tambien en tantos Bernandos como hay de religiosos, en tantos Claravales como hay de monasterios, y en tantas almas como siguen sus pasos. Conservad, señores, esta vida de vuestro padre, vida oculta á los ojos de un siglo impío, ciego, corrompido ; pero vida infinitamente preciosa á los ojos de un Dios santo, justo y remunerador de sus siervos. Ya que habeis manifestado al mundo que todavía se le puede dejar, manifestad tambien á Jesucristo que aun se le puede seguir, para que todos veamos vuestras buenas obras, glorifiquemos al Padre celestial, y participemos de sus frutos ahora y por los siglos de los siglos. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BERNARDO ABAD,

DOCTOR DE LA IGLESIA.

(DE TRONCOSO.)

Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.

El Señor le ensalzó haciéndole el terror de los enemigos, y con sus palabras aplacó los monstruos.

Ecci. c. 45. v. 2.

Difícil es, católicos, presentar un cuadro perfecto del héroe cuya memoria hoy solemnizamos. Son tantos y tan variados los caracteres que ofrece su santidad, que el entendimiento se encuentra perplejo en la eleccion. Por una parte le veo hecho el árbitro de los poderosos, la luz del mundo, el oráculo de la iglesia, el consuelo de los pontífices, y el defensor acérrimo de la mas pura y exacta disciplina eclesiástica. Por otra se me representa oculto en lo mas retirado del desierto, hecho la norma de los monjes, el modelo de los penitentes, el tipo de la abnegacion mas profunda, de la contemplacion mas extática, y del desprendimiento mas universal. Ora me parece un Josué diestro y aguerrido en las batallas del Dios de Sabaot y escogido por él para ganar con la espada de su doctrina la tierra prometida á los hijos de Israel. Ora un Moises escuchando en el retiro de la montaña santa de la boca del mismo Dios los preceptos de vida, para conducir en el desierto á un pueblo numeroso por las vias de la mas austera perfeccion. En una palabra, en el dulcísimo y celoso san Bernardo veo, católicos oyentes, el compendio de todos los santos, el heroísmo de todas las grandes acciones, el prodigio de la sabiduría, de la religion, de la política, del valor, y de una santidad universal y